

# EL CINE EN COLOR, SE INVENTO EN ... RENTERIA

David M<sup>a</sup> Tellechea Santamarta

A cien años vista de la venturosa efemérides por el descubrimiento del cinematógrafo, podemos decir que la mayor parte del tiempo que dedicamos al ocio y al descanso lo solemos emplear en asuntos íntimamente relacionados con el, desde hace tiempo, apellidado, *séptimo arte*. La televisión, las cámaras de vídeo, los *videoclips*, el propio cine, inundan nuestra vida, nos son familiares y hacen que, muchas veces, nos sintamos (quizás artificialmente) entretenidos y felices.

Los muy entendidos y quisquillosos dirán que son cosas distintas, técnicas diferentes. Ya lo sabemos. No tiene nada que ver la impresión en cintas de celuloide, con las modernas bases magneto-ópticas. Ni los sistemas de filmación. Ni las cámaras. Ni siquiera las pantallas. Sin embargo, no se me negará que la filosofía (captar y grabar imágenes en movimiento) y el resultado (visionar las imágenes cuantas veces queramos, en el futuro) son similares.

En este orden de cosas, quiero recordar que la afición al cine, de los renterianos, ha sido, desde siempre, importante. Hace treinta y cinco años, contar con tres salas comerciales (*Reina*, *On bide* y *Alameda*) para una población de unos quince mil habitantes, era algo extraordinario. Creo que ni siquiera Irún, que era mayor, tenía tantas. Me parece, también, que el primer *cine-forum* que se creó en la provincia, después del de Donosti, fue aquí. Las mañanas de los domingos nos juntábamos en el Cine Alameda y después de visionar la película, se organizaba un entretenido coloquio con la pretensión de desentrañar las ideas del director (entonces comenzamos a darnos cuenta que las películas tenían director; hasta entonces sólo se mencionaban los actores) y comentar los aspectos técnicos e interpretativos del *film*. Recuerdo con fruición mis contactos iniciáticos con el *travelling*, *primeros planos*, *picados* y



demás definiciones esotéricas, que nos hacían adoptar un cierto aire de superioridad cuando, después, en una de las de *Gary Cooper*, comentábamos a la pareja de turno, que la torva mirada del *mallo*, había sido captada en *plano americano*. Lógicamente, no nos hacía ni puñetero caso.

Sin embargo, unos años antes, (al final de la década de los cuarenta) florecía otra entrañable sala, seguramente olvidada para la historia oficial, pero recordada con añoranza por los cincuentones renterianos. Me refiero al cine de *los Luises*. Se encontraba junto al *Reina*, en una amplia sala (al menos así nos lo parecía) ubicada en el primer piso de una casa que pertenecía a la parroquia y donde tenía su sede la congregación de San Luis Gonzaga (me parece, que en la preguerra civil, se hallaba allí el *Círculo Liberal*), a la que, curiosamente, pertenecíamos la práctica totalidad de los jóvenes de Rentería. Me acuerdo del edificio, sus tres plantas y aquella espléndida balconada. La mayoría de las películas que se proyectaban eran mudas. Material, como se decía entonces, de *antes de la guerra*. Aquellas sillas de tijeira, que nos parecían comodísimas. La pantalla, de tela, supuestamente blanca. Y el bullicio de las voces infantiles animando a *Rintin-tin*, abucheando a *Fu-man-chu* o riéndose con *Charlot*, *El gordo y el flaco*, o *Pamplinas*. Me viene a la memoria la mesita con chucherías que, en la puerta de acceso, nos surtía de golosinas (el regaliz se llevaba la palma) a precios que hoy en día nos parecen risibles (la barra gorda, cinco céntimos). Con decir que la entrada, a la sesión de las tres, costaba una peseta. (Luego estaban la de las cinco y la de las siete, que valían dos reales y una peseta respectivamente).

En el preámbulo, aún cambiábamos cromos (futbolistas, Blancanieves, la guerra de Corea, ...) Y al apagarse la luz, el misterio de las imágenes en movimiento, que subyugaban nuestra mente infan-

til y nos hacían tomar parte activa en el decurso de la cinta, con historias de acción suprema, donde los malos llevaban su crueldad hasta el extremo y los buenos siempre triunfaban.

Primero, el *No-Do* (con noticias de unos meses antes), nos contaba la inauguración de algún pantano por el caudillo, o el nacimiento del decimonono hijo de alguna familia de labradores, en Castilla. El recuerdo de aquella musiquilla (marcha militar), el escudo con el águila y la bandera ondeando, creo que nos acompañará hasta la tumba a los de mi generación.

Pero, vayamos al grano. Un día, el amigo Rober (Roberto Martínez, el añorado *alma mater* de aquello: cortaba las entradas, acomodaba, proyectaba las películas, arreglaba las cintas, porque se rompían con frecuencia –fuertes silbidos y aquel olor a acetona–, solucionaba conflictos y guardaba el orden en la sala), un día, digo, anunció, en el descanso, que el domingo siguiente la película iba a ser en colores. La sorpresa entre la grey infantil fue mayúscula y la expectación máxima. Creo recordar que se anunciaba una de animales, una historia entrañable en dibujos animados, pero no de Walt Disney.

A los siete días, el llenazo fue sublime. No había un alfiler. El calor que se solía dejar sentir al final de la proyección, empezó a notarse ya al tomar asiento. Todos estábamos nerviosos. Y expectantes. El *No-Do* fue recibido con indiferencia. Nos pareció larguísimo y al cabo, empezó la película.

Me parece que las primeras imágenes se vieron en un rosa pálido. Después de un rato, el azul inundó la pantalla. Y luego, el rojo. Y más tarde, el verde... No sé si permanecíamos boquiabiertos por el devenir de colores, o porque pensábamos que nos estaban tomando el pelo. Más bien me inclino por lo primero, ya que, por aquel entonces, nuestra inocencia era tan extrema, que no podíamos ni pensar en la mala fe de alguien. Y además era cierto, Roberto ni siquiera intentó engañarnos. Lo hizo de buena voluntad y con todo el cariño hacia nosotros. Iba colocando delante del objetivo papeles de colores (envoltorios de caramelos, ¿comprendéis?) y así conseguía un fondo monocromático que iba cambiando de tiempo en tiempo.

Os puedo asegurar que los silbidos y los aplausos atronaron la penumbra (entonces, algunos, caímos en cuenta que se podía silbar y aplaudir a la vez). Al terminar, el follón era tal que Roberto fue incapaz de mantener la calma. Los de la siguiente sesión esperaban en la puerta y pensaron que el alboroto se había producido por la novedad del evento. No sé si vieron la película *en colores* o si se estropeó el invento. De todas formas, tal como

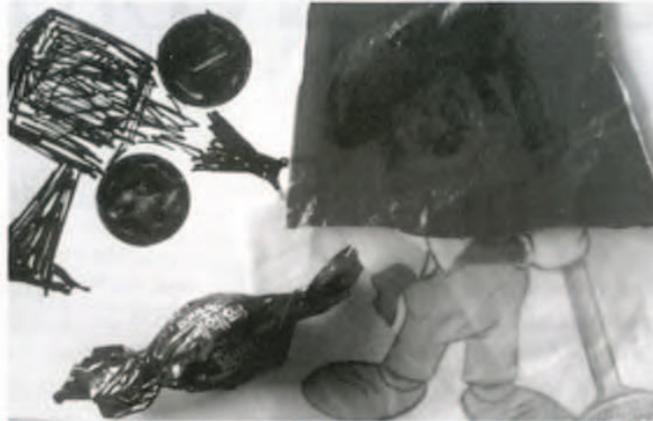


Foto: Jesús Hergueta

estaba el ambiente, cualquiera de las dos decisiones hubiera sido problemática.

Al domingo siguiente, todo discurrió con normalidad. La calma era total. El *No-Do* nos volvió a mostrar a Franco visitando un pueblo andaluz, donde habían puesto agua corriente. Y el Real Madrid, que ganó al Bilbao en Chamartín. Comenzaba una serie de Frankenstein (¡oh! Boris Karloff), en cuatro jornadas.

Poco a poco, el estreno histórico de la película en colores se fue olvidando. Y más adelante, cuando nuestra posición económica (léase paga) nos lo permitió (tres pesetas la entrada), pudimos gozar con las peripecias de *John Wayne* y el indio *Jerónimo*, en Technicolor, allá en la penumbra del gallinero del *Reina*, posados en sus asientos corridos, de dura madera.

Nuestra añorada y recordada Rentería de aquel entonces era así.

Cualquier cosa, por sencilla y saliera de lo normal, titulaba un acontecimiento. La calle era nuestro salón de juegos. ¡Cómo nos viera Casto jugando a fútbol! En ella pasábamos la mayor parte de nuestra vida (después de la escuela, claro está). A veces, peleábamos con los de los barrios limítrofes. Reíamos, llorábamos y nos ensuciábamos.

Al llegar el domingo, sin embargo, la vida cambiaba radicalmente. Por la mañana, la misa mayor, los cromos y tebeos. Y por la tarde, el cine y el paseo por la calle Viteri.

Los *Luis*, el *Reina*, el *On-bide*, el *Alameda*... Recuerdos que nos llevan a rememorar nuestra niñez y juventud. Y constatar que Rentería sigue viva... aunque sea en la memoria de sus hijos.

